

ASCENSIÓN AL CENTINELA DE PIEDRA

He de reconocer que el plan originario fue de Vincent, que allá por septiembre de 2006 me dijo muy convencido que en el 2007 teníamos que intentar el Aconcagua. Sin embargo diversas circunstancias, entre las que supongo que se contaba su reciente matrimonio y una época de mucho trabajo, hicieron que finalmente él se descolgase de la aventura y que yo tuviese que decidir si seguía adelante sólo o lo dejaba para más adelante. Y si bien es cierto que en varias ocasiones estuve a punto de desistir, un cúmulo de coincidencias y una mujer más generosa de lo que se puede pedir me llevaron a la conclusión de que éste era mi momento.

A poco que investigas esta montaña te das cuenta de que es el lugar ideal para probarte en altura en un entorno relativamente controlado y técnicamente sencillo (al menos por la ruta normal, que era la que yo estaba planeando). Pero también llegas fácilmente a la conclusión de que se trata de una zona tremendamente explotada por las empresas de guías que con un excesivo celo por atraer clientela, transmiten el mensaje a mi juicio erróneo de accesibilidad para cualquiera que tenga unas capacidades físicas mínimas. Probablemente esa sea la principal causa de las continuas evacuaciones que se producen todos los días de personas con problemas relacionados con la altitud.

Fue esa acumulación de visitantes la que hizo que en alguna ocasión me arrepintiese de haber seguido la ruta normal de la Quebrada de los Horcones en lugar de intentar la ruta del Glaciar de los Polacos por la Quebrada de Vacas

que, por lo que me han comentado, aunque más larga es mucho más solitaria.

El viaje a Mendoza

El 28 de diciembre a las 10 de la noche salí de Madrid con destino a Buenos Aires donde tenía que hacer escala para luego tomar otro avión a Mendoza. Los vuelos internacionales a Buenos Aires llegan al Aeropuerto Internacional Ministro Pistarini (Ezeiza), a unos 35 kilómetros de la ciudad, mientras que los vuelos locales salen del Aeropuerto Jorge Newbery (también conocido como el “Aeroparque”) que se encuentra muy cerca del centro. Una buena opción para hacer este recorrido son los autobuses de línea de la empresa Manuel Tienda León que por unos 40 pesos (aproximadamente 10€ teniendo en cuenta el cambio de aquellos días) y en algo más de 1 hora, cubren el trayecto de puerta a puerta.

Ya en el Aeroparque, recibí la magnífica noticia del nacimiento de Martina, mi primera sobrina y sin duda mi cómplice en este viaje ya que los nervios por su inminente llegada hicieron que se notara menos mi ausencia. Después de unas cuantas horas de espera, tomé el avión a Mendoza donde me estaba esperando Colo, montañera mendocina con la que me puse en contacto a través de un amigo común. Colo había accedido a acompañarme en la expedición aprovechando que tenía que hacer unas entrevistas a los médicos de los campamentos de altura para recopilar datos que le permitiesen concluir la tesis final de su carrera de guía de montaña. A mí me vino muy bien su compañía, tanto por su conocimiento de la logística del Parque como por sus acertados consejos y agradable conversación, además del

alivio económico que de por sí supone el hecho de compartir gastos.

Mendoza es un oasis en el medio del desierto pre-andino, llena de acequias y árboles que ayudan a soportar las altas temperaturas del verano. A este respecto he de decir que el hecho de cruzar el ecuador un 28 de diciembre hace que en diez horas pases del frío invierno europeo al asfixiante estío austral en la época en que además todo el mundo se va de vacaciones. Todo ese contraste, unido al cansancio tras más de 18 horas de viaje y al aluvión de gente nueva hizo que por primera vez tuviese la sensación de lo lejos que estaba de casa y del lío en que me había metido. Pero Colo, que yo creo que tiene más de duende de las montañas que de humana, se encargó de hacer mi adaptación más llevadera organizando para esa misma noche lo que se suponía una cena familiar, pero que al final resultó un banquete con más de veinte invitados en el que tuve el gusto de probar el famoso chivo de Malargue y la vaca de la Pampa, así como de brindar con excelente vino mendocino por el éxito de la expedición, la madre patria y muchas otras cosas. Tengo que agradecer a Andrea y a su madre Fina, así como a sus amigos Alfonso, Gustavo y todos los demás allí presentes su gran hospitalidad y cariño, y espero que en alguna ocasión la vida nos haga volver a coincidir.

Los preparativos

El día 30 fue una jornada de transición dedicada a revisar el equipo y la comida, y a hacer compras de última hora. Mendoza es una ciudad volcada en el mundo de la montaña donde se pueden encontrar numerosas tiendas especializadas que ofrecen además la opción de alquilar material que, quizás

para cosas muy específicas como los bolsos muleros para porteo de material, las botas de altura, la chaqueta de plumas, o incluso el saco de dormir para los menos escrupulosos, pueden resultar una opción interesante de cara a ahorrarse algún dinerillo. En cuanto a los precios, la oscilación continua en la cotización del peso y la abundancia de turistas en la zona hacen que todo dependa del día.

31 de diciembre – Primer día de expedición

El día 31 era cuando realmente empezaría la expedición. En primer lugar teníamos que gestionar los permisos de acceso al Parque Provincial del Aconcagua y con ello enfrentarnos a la burocracia argentina. Los permisos se emiten por la Subsecretaría de Turismo que está junto al cruce de las calles Catamarca y San Martín. En primer lugar es preciso rellenar un formulario de solicitud del permiso y hacer la transferencia del canon de ascensión (1.000 pesos en 2008) en alguna oficina de pago (se puede encontrar una en las inmediaciones). El justificante de ingreso y el formulario de solicitud se entregan en la segunda planta de la Subsecretaría y a cambio nos emiten en el acto el permiso de acceso.

Además, por si resulta de interés, junto al edificio de la Subsecretaría se pueden encontrar oficinas de cambio de moneda, como la Casa de Cambio Santiago, que ofrecen tipos de cambio bastante interesantes ya que si bien en el Parque se puede pagar en dólares, siempre es conveniente llevar algunos pesos.

Realizados todos estos trámites, llegó la hora de partir para Puente del Inca. A las 9:30 habíamos quedado con Nacho,

propietario de la empresa Cuyúm, para que nos llevase hasta el inicio de la ruta. Es un trayecto de unos 175 kilómetros por la Ruta Internacional número 7 que comunica Argentina con Chile. De camino se pasa por Uspallata, un pequeño vergel rodeado del árido paisaje de los Andes. Allí se rodó la película “Siete años en el Tibet” después de que las autoridades chinas, y las indias por presión de las primeras, prohibieran el rodaje en sus respectivos países por considerar la película como antirrevolucionaria.

Al llegar a Puente del Inca (2.720m), organizamos el equipaje y entregamos a los arrieros el material de altura para que lo portearan en mulas directamente hasta el campo base. Sellamos en la caseta de los Guardaparques nuestros permisos de acceso y a las 14:30 iniciamos la ascensión por un ancho camino sin posibilidad alguna de pérdida. Al poco rato pasamos junto a la bonita Laguna de Horcones (2.950m) y a continuación por el puente colgante de la Quebrada de Durazno (3.070m), también vestigio del paso de Brad Pitt, junto al que aprovechamos para hacer una parada y comer algo.



Indicación de distancias junto al puente colgante, con la cima del Aconcagua al fondo

La senda continúa por la Quebrada de Horcones junto a la margen izquierda del río y va ascendiendo hasta alcanzar el campamento Confluencia (3.390m) a donde llegamos a eso de las 5 de la tarde. Nos acercamos a las carpas de Cuyum para saludar a Eugenia, la campamentera encargada del orden de las tiendas y de preparar la comida a los clientes de Cuyum. Colo había estado trabajando aquí hacía algún tiempo por lo que conocía a todo el mundo, así que en cuanto se corrió la voz de nuestra llegada, se acercaron a saludarnos Leti y Pau, también refugieras que trabajaban para otras compañías de guías.

En el campamento se respiraba un extraño desasosiego en cierto modo lógico dado que faltaban pocas horas para el fin de año y los que estaban por allí tenían la firme intención de celebrarlo por todo lo alto. Los brindis de año nuevo comenzaron bien temprano ya que había gente de todas las partes del mundo y cada uno quería mantener su horario patrio para un acontecimiento tan señalado. Nos invitaron a una cena que se organizó poco antes de la medianoche para los guías y demás gente que trabajaba en el campamento y, después de las campanadas anunciadas por Carlos cacerola en mano, Colo nos sorprendió con una impresionante demostración de juegos malabares con fuego. Después de todo aquel despliegue, yo preferí retirarme ya que aquello no tenía visos de que fuese a terminar temprano y bastante tenía yo con los efectos de la altura como para añadir más dificultades a mi proceso de adaptación.

1 de enero – Segundo día de expedición

La jornada empezó algo más tarde de lo esperado, de algún modo debido a las celebraciones de la noche anterior. El plan para hoy era hacer una ruta de aclimatación hasta Plaza Francia (aprox. 4.100m) y volver a Confluencia para pasar el primer control médico y comprobar la marcha de nuestra adaptación a la altura.

Antes de continuar con mi historia, haré dos breves reflexiones sobre la aclimatación y la importancia de la hidratación que me dieron que pensar en este primer día del 2008. Por lo que pude comprobar, el proceso de adaptación del organismo a la disminución del volumen de oxígeno como consecuencia de la altura es la clave del éxito de una expedición de este tipo y pasa por el reajuste del ritmo cardíaco y respiratorio, el incremento del número y tamaño de los capilares de los tejidos, y el aumento del volumen de glóbulos rojos en la sangre. En buena parte, la facilidad del organismo para la aclimatación depende de factores congénitos, pero en cualquier caso un adecuado planteamiento del ritmo de ascensión ayuda bastante. Por ello, es necesario incluir en el programa tanto días de ascensión con permanencia de algunas horas en altura y vuelta al campamento de partida para pasar la noche, como jornadas de descanso que permitan la progresiva adaptación del organismo.

Además de un adecuado ritmo de ascensión, otro aspecto clave para favorecer la aclimatación es la hidratación, ya que debido a la altura y al aumento de la ventilación pulmonar, se incrementa también el volumen de dióxido de carbono eliminado por el organismo y a consecuencia de ello aumenta el pH de los fluidos corporales. Los riñones tienden a eliminar más agua

para así corregir el incremento en la acidez de la sangre causando una deshidratación que es necesario suplir ya que de no ser así, además de incrementarse la acidez, se incrementará la densidad de la sangre y con ello se ralentizará el suministro de oxígeno a los músculos.

A este respecto, conviene recordar que el agua que se encuentra disponible en altura es o bien agua del deshielo que vierte directamente de los glaciares o bien nieve que fundimos en el hornillo. En ambos casos, el nivel de sales y minerales del agua es tan bajo que no sólo el organismo no es capaz de absorberla, sino que además se puede llegar a incrementar el grado de deshidratación ya que esta agua también arrastrará parte de las sales y minerales que están en el organismo. Para evitarlo, es frecuente utilizar pastillas isotónicas, zumos concentrados en polvo y similares. Debe tenerse cuidado sobre todo con los concentrados de zumos ya que si bien al menos al principio suelen ser agradables al gusto, su consumo continuado puede producir irritaciones en el estómago.

Siguiendo con mi relato, para el primer día del año teníamos prevista una de esas rutas de aclimatación, con ascensión hasta el Campamento Plaza Francia y vuelta a Confluencia para pasar la noche. Salimos a las 9:30 después de desayunar bien e iniciamos el ascenso por una senda muy cómoda que transcurre por la vertiente izquierda del río Horcones Inferior hasta llegar al Glaciar del mismo nombre. Allí paramos para comer y disfrutar de la impresionante vista de la pared Sur del Aconcagua, plagada de glaciares colgados que se desplomaban a cada rato. Recorríamos con la vista la Vía de los Franceses y la variante

Messner comentando el valor y fortaleza que hay que tener para meterse en semejante aventura.



Pared Sur del Aconcagua desde el
Glaciar de Horcones Inferior

Después de comer aprovechamos para subir un poco de desnivel ascendiendo por el impresionante acarreo de la línea de cumbres del Cerro Almacenes, justo enfrente a la pared Sur del Aconcagua. Llegamos hasta los 4.010m y regresamos por el mismo camino hasta Confluencia. Al llegar al campamento nos fuimos directamente al servicio médico a pasar nuestro primer control. Una de las cosas sorprendentes que tiene el Parque del Aconcagua es la existencia y rigor de estos controles tanto en Confluencia como en Plaza de Mulas y la obligatoriedad de pasarlos con un buen resultado si se quiere seguir ascendiendo. Las pruebas que con carácter general se hacen son de saturación de oxígeno en la sangre, de ritmo cardíaco y tensión arterial, y de auscultación de los pulmones. Por lo que pude averiguar, con estas sencillas pruebas se consiguen identificar las posibles dolencias relacionadas con el mal de altura que si no se identifican a tiempo pueden desembocar en un edema pulmonar o cerebral.

En el control médico estaba Sebastián, médico porteño en busca de experiencias vitales con el que coincidiría varias veces a lo largo de la expedición. Los resultados de las pruebas de Colo fueron excelentes. Los míos no estuvieron mal salvo por la auscultación de los pulmones que por lo que me comentó Sebastián, silbaban más que un órgano de iglesia. Sin duda parte de la culpa la tenía la gripe que había pasado una semana antes y que me había tenido tres días en la cama con fiebre. Sebastián me dijo que no consideraba bueno que subiese si esa situación continuaba pero me propuso que me pasase el resto de la tarde hidratando bien y dándome unos vahos, y que volviese a final del día para repetir las pruebas.



Atardecer en Confluencia

Salí de allí un poco confundido ante la simple idea de que todos mis planes de ascensión se hubiesen ido al traste, así que volví a la tienda y me pasé el resto de la tarde bebiendo sin parar y con la cabeza metida en una cacerola con agua hirviendo. Debí de tomar como unos cuatro litros en menos de tres horas y claro, aquello hizo que me pasase toda la noche con continuas visitas al baño sin dormir más de dos horas seguidas. A final del día repetí las pruebas y aunque

Sebastián no estaba muy convencido, accedió a firmarme el permiso de ascenso pero llamó a los médicos de Plaza de Mulas para que me repitiesen las pruebas al día siguiente.

2 de enero – Tercer día de expedición

El plan del día era subir a Plaza de Mulas, una ruta bastante larga y monótona en la que había que superar algo más de 900 metros de desnivel. Nos levantamos a las 6:30 y, tras despedirnos de Eugenia y de los demás, iniciamos el camino en dirección Noroeste hasta llegar al río Horcones junto al lugar en que se encontraba el antiguo campamento Confluencia hasta que hace unos años una crecida del río lo arrasase. El comienzo de la ruta es el mismo que el que habíamos seguido el día anterior para ir hacia Plaza Francia, después gira hacia el Oeste y desciende hasta el mismo lecho del río donde hay un puente de hierro que nos permite cruzar su caudaloso curso. A pocos metros del puente hay un torrente de aguas limpias donde es conveniente aprovisionarse de agua porque si bien es cierto que durante todo el camino vamos a ir junto al río, el cauce principal baja tan turbio que no resulta aconsejable beber de esa agua si uno aprecia la buena marcha de su barriga.

Después de cruzar el río Horcones hay una pequeña subida hasta Confluencia Alta (3.500m) y a continuación comienza la monótona Playa Ancha. Es un amplio valle que discurre prácticamente llano, con escasa vegetación al principio y que pronto se torna totalmente árido. El único contratiempo de este trayecto es el río Horcones Superior, que se divide en pequeños torrentes extendidos por todo el ancho del valle y que es preciso ir

sorteando a medida que se avanza. Para evitar retrasos y el riesgo de acabar con los pies mojados, el secreto es pegarse al lado derecho del valle (en el sentido de la marcha) de manera que se evita tener que ir cruzando los torrentes continuamente. A las 12:30 llegamos a la Piedra Ibáñez. Allí paramos a comer y conocemos a tres españoles, Fran, Eduardo y Miguel Ángel, que viajan con Marcelo, profesor de Colo en la Escuela de Guías de Montaña de Mendoza. Con ellos coincidiríamos a lo largo de toda la expedición y quién sabe si también lo haré en otras futuras.

Tras la Piedra Ibáñez comienza la algo menos monótona Playa Chica hasta llegar al Refugio Colombia (aprox. 3.950m) y a continuación viene la Cuesta Brava, una pendiente algo más fuerte que desemboca en Plaza de Mulas (aprox. 4.300m). Allí llegamos sobre las 15:30 y lo primero que hicimos fue ir a la caseta de los Guardaparques para sellar nuestro permiso. Colo los conocía a todos, así que nos quedamos un rato charlando con ellos y compartiendo el tradicional mate.



Mulas en la Cuesta Brava portando material al Campo Base

Mi sensación era extraña ya que si bien el camino no me resultó duro y me encontraba bien de ánimo y apetito (señal de que la aclimatación seguía su curso), lo cierto es que ya estábamos por encima de los 4.000 metros y sin duda eso se nota. Estadísticamente la mayoría de los problemas de mal de altura se producen entre los 4.000 y los 5.000 metros, supongo que porque quienes superan esa altitud están ya debidamente aclimatados. Para añadir algo más de emoción al asunto, por la radio de los Guardaparques se escuchaba el mensaje de socorro de una expedición que estaba en la cumbre: un suizo que subía con su guía, el guía se quedó a medio camino y el cliente decidió continuar sólo pero llegó exhausto a la cima y no podía bajar. Es el momento en que realmente te das cuenta que la cumbre está ahí, a escasos 2.500 metros, pero que el éxito depende de un montón de circunstancias ajenas a tu voluntad como la salud, el ánimo o la meteorología. En fin, como nada de eso está en tu mano, mejor no preocuparse demasiado, así que continuamos camino hacia el refugio e instalamos la tienda en sus proximidades (4.370m).

3 de enero – Cuarto día de expedición

La noche ha transcurrido bastante bien, me encuentro muy descansado. Esta jornada está prevista como día de descanso. Después de un buen desayuno nos vamos al control médico y Colo aprovecha para hablar con el equipo médico y recopilar la información que había venido a buscar.

Plaza de Mulas es como un pueblo que nace cada año con la primavera y desaparece al llegar el otoño. Las empresas de guías se reparten el espacio formando pequeños barrios en los que

instalan sus tiendas fijas para dar alojamiento y comida a sus clientes. También hay una zona de acampada libre aunque es la opción menos frecuente entre los montañeros que vienen por aquí. A un par de kilómetros de Plaza de Mulas se encuentra el refugio junto al que nosotros habíamos montado nuestra tienda, así como la caseta de la Policía de montaña (a los que llaman “Papalimas”) y uno de los helipuertos.

El campamento está rodeado de impresionantes montañas, sin duda la más espectacular es el Aconcagua que nos ofrece su impresionante pared Oeste, pero también hay un montón de cincomiles como los cerros Catedral (5.254m), Cuerno (5.400m) y Manso (5.434m) que están a un paso y son poco frecuentados. Es una lástima que los gestores del Parque y las empresas que en él trabajan no fomenten más las rutas a estas montañas adyacentes para así descongestionar algo la popular ruta al Aconcagua.



Cara Oeste del Aconcagua vista desde Plaza de Mulas. El habitual hongo cubre la cima

El día pasó plácidamente: llamé a casa por el teléfono satélite, estuve un rato

charlando con Fran, Eduardo y Miguel Ángel y seguí conociendo a montones de gente. Por la noche estuvimos cenando con Giselle y Elon, una pareja de brasileños con los que ya habíamos coincidido en Confluencia y que también aquí decidieron acampar junto a nuestra tienda.

4 de enero – Quinto día de expedición

Hoy tenemos que portear el material de altura al Campo II – Nido de Cóndores. Si nos encontramos bien, nos saltaremos el Campamento I - Canadá para evitar la masificación de gente, los riesgos de caída de piedras del “Gran Acarreo” y las dificultades para encontrar nieve limpia para fundir.

Mientras desayunábamos, nos encontramos con Giselle que se había levantado con la cara bastante hinchada. Después nos enteraríamos que era a causa de un edema periférico que le impediría continuar subiendo al menos durante unos días.

A las 10:30 iniciamos el ascenso con el cielo prácticamente despejado y bastante viento en altura a juzgar por la velocidad a la que se mueven las escasas nubes que hay en la cumbre. Es una ruta de fuerte pendiente que discurre en zigzag en dirección Este-Noreste. Hacemos una primera parada junto a unos grandes gendarmes conocidos como el “Semáforo” (aprox. 4.550m), continuamos subiendo hasta las “Piedras de los Hermanos Conway” (4.740m) y finalmente llegamos al campamento Canadá (5.050m) donde paramos para comer algo rápido. Se ven bastantes tiendas montadas pero nosotros nos vemos con suficiente ánimo así que seguimos subiendo. La inclinación continúa siendo considerable hasta llegar

a Cambio de Pendiente (5.370m), un gran ventisquero horizontal en el que parece ser que existe una zona de baja presión permanente que te deja súbitamente sin fuerzas en caso de que estés mal aclimatado.

Tras la llanura de Cambio de Pendiente, nuevamente la ruta va ganando inclinación de forma progresiva hasta llegar a Nido de Cóndores (5.560m). A la derecha ya se ve la ansiada cima con total esplendor y a menos de 1.500m de desnivel. En este tramo, noto bastante los efectos de la altura que unidos al bochorno por el reflejo del sol en la nieve, me producen bastante dolor de cabeza y un ligero aturdimiento, así que esta parte del recorrido se me hace francamente pesada. Colo parece que viene bien aún a pesar del gran mochilón que se ha cargado a las espaldas.

A eso de las 15:30 llegamos a la caseta de los Papalimas de Nido de Cóndores que justo en ese momento dejan su refugio para subir a Berlín e intentar hacer cumbre al día siguiente. También nos encontramos allí con Fernando, un porteador que trabaja habitualmente en el Parque y que tiene intención de ir a Plaza Argentina al día siguiente para reunirse con un amigo y desde allí intentar la cumbre por la ruta del Glaciar de los Polacos.

Como parte de nuestro plan de aclimatación, nos quedamos tres horas en Nido de Cóndores, descansando, bebiendo mucho líquido, comiendo algo y compartiendo nuestros planes con Fernando. Poco a poco se me va quitando el dolor de cabeza así que supongo que todo está funcionando correctamente. Antes de iniciar el camino de regreso, dejamos todo nuestro equipo de altura bien protegido con

piedras para evitar que se lo lleve el fuerte viento que es habitual a esas alturas, después nos despedimos de Fernando y descendemos nuevamente a Plaza de Mulas.



Con Fernando en Nido de Cóndores y la cima del Aconcagua detrás

El camino de regreso se hace rápido y a las 20:00 estamos de vuelta en el campamento base. Pero el día ha sido duro, la carga porteadada bastante pesada y el cansancio hace mella en nuestro estado de ánimo. Hemos estado hablando sobre si resulta más conveniente volver a subir a Nido de Cóndores al día siguiente para intentar cumbre el día 6 de enero o bien descansar un día más en Plaza de Mulas y retrasar el primer intento de cumbre al día 7. La duda viene en parte motivada por el anuncio de cambio de tiempo que se rumorea en todo el campamento base. Llevamos más de una semana de buen tiempo, a salvo del hongo que habitualmente se forma en la cumbre a partir de las dos del mediodía. Sin embargo, se comenta que viene una borrasca desde Chile que traerá vientos de más de 100 km/hora en altura y nevadas abundantes, lo que se traduce en temperaturas por debajo de -35°C y, por tanto, la necesidad de demorar la

ascensión hasta que mejore la climatología.

Lo cierto es que las previsiones meteorológicas para el Aconcagua dejan bastante que desear. La que parece más fiable es la que proporciona www.snow-forecast.com pero aún así, en mi experiencia se trata de una auténtica lotería. Se dice que debido al régimen predominante de vientos del Océano Pacífico, la situación meteorológica a día de hoy en la Isla de Pascua es la referencia más precisa del tiempo que hará en el Aconcagua al día siguiente pero francamente no sé si es cierto. A fin de cuentas, el rumor generalizado es que todo apunta a un cambio inminente del tiempo. Yo me veo bien de ánimo y con un calendario muy ajustado ya que el día 12 de enero tengo que estar en Mendoza para tomar mi avión de regreso, de manera que el día 9 es mi última posibilidad para intentar una ascensión. Sin duda, he entrado sin darme cuenta en el juego de las cábalas meteorológicas que constituyen la mayor obsesión de cualquier expedicionario poco curtido. Finalmente vence el sentido común y la experiencia de Colo, así que decidimos descansar durante el día siguiente y así asegurar el mejor estado físico posible para los días programados para la cumbre.

5 de enero – Sexto día de expedición

Mi jornada amaneció a las 10:00 después de una noche que pasó como un suspiro. Fui al servicio médico a pasar mi último control y aproveché para hacer alguna excursión por los alrededores. Colo pasó el día de carpa en carpa charlando con todas sus amistades, creo que nos hacía falta un poco de independencia después de tantos días sin separarnos. Por la noche, Eduardo, Miguel Ángel y Fran

cocinaron unas tortillas para las campamenteras del refugio de Plaza de Mulas, probablemente las tortillas más elaboradas de la historia culinaria de la zona en parte por los efectos de la altura pero también por la dedicación que pusieron. El producto final y la buena compañía parece que satisfizo a las mendocinas.



El Refugio de Plaza de Mulas y la caseta de los Papalimas. Un poco más a la derecha, nuestra tienda

6 de enero – Séptimo día de expedición

El día empezó temprano. Después de ultimar las mochilas, iniciamos la ascensión hacia Nido de Cóndores a las 9:45. Gracias al porteo hecho dos días antes, ahora la carga era liviana y por ello la jornada resultó mucho más llevadera. Al llegar a Cambio de Pendiente no noté molestia alguna como consecuencia de la altura lo cual me animó bastante. A las 15:15 llegamos a Nido y montamos la tienda junto a la caseta de los Papalimas.

A media tarde llega al campamento Juan, un español de Fuenlabrada que lleva una mochila enorme. Nos dice que su compañero Pablo viene un poco

perjudicado por la altura, así que bajo para ayudarlo a portear su mochila. No sé qué llevarán estos chicos encima para que su equipaje pese tanto. Montan su carpa junto a la nuestra y Pablo se acuesta un rato confiando en que de esa manera consiga recuperarse. Sin embargo, la mejoría no llega y al día siguiente tuvo que bajar a Plaza de Mulas. El resto de la tarde la pasamos descansando, hidratando mucho y disfrutando de las excelentes vistas. El atardecer fue francamente sorprendente, sin duda inolvidable.

Después de cenar y con los nervios propios de la noche anterior al día de cumbre, era el momento de repasar el material para el día siguiente. Colo decidió quedarse a dormir en la caseta de los Papalimas aprovechando que ellos no estarían esa noche. Yo preferí irme a la tienda y tener espacio y tiempo para organizar mis cosas con tranquilidad. La altura exige reducir el peso todo lo posible pero al mismo tiempo el frío hace necesario un atuendo adecuado. Una buena chaqueta de plumas con capucha incluida, al menos dos pares de guantes, buenos calcetines, botas de plástico, un gorro y una máscara para proteger la cara resultan muy aconsejables. Durante el recorrido no encontraríamos agua, por lo que resulta imprescindible llevar una buena reserva de líquido en la mochila. Además es preciso llevar algo de comida para reponer el desgaste del cuerpo, si bien es cierto que a esas alturas lo que menos te apetece es comer.



Impresionante atardecer en Nido de Cóndores

7 de enero – Día de cumbre

Nos despertamos a las 5:30 y después de un buen desayuno iniciamos la marcha a las 6:30. El cielo está encapotado y sopla bastante viento. La temperatura ronda los -15°C y la sensación térmica es bastante inferior, así que hay que ir bien abrigado y adaptar el ritmo de la marcha para evitar sudar y que la humedad se congele. A lo lejos se ven algunas luces subiendo hacia el Campamento Berlín - Campamento III (5.930m). La escasez de oxígeno ralentiza la marcha pero también sabemos que hay que reducir todo lo posible el tiempo de permanencia por encima de los 6.000 metros ya que a estas alturas el cuerpo no se recupera del desgaste.

Tras el Campamento Berlín, la ruta continúa en dirección Sur, llega a la arista Noroeste y después sigue al pequeño refugio Independencia (6.546m), supuestamente el refugio más alto del mundo. Allí nos encontramos con un grupo de montañeros que también tienen intención de hacer cumbre hoy. Uno de ellos está tomando

diamox, un fármaco para superar los efectos del mal de altura. Según yo tenía entendido, seguir subiendo cuando estás tomando esta medicación no es lo más aconsejable ya que los síntomas de la enfermedad no remitirán a menos que descendas y además el medicamento produce una importante deshidratación que es necesario suplir si no se quiere tener un problema mucho más grave.

Tras el refugio Independencia superamos una pequeña pala en dirección Suroeste y salimos al Portezuelo de los Vientos (6.570m). A partir de aquí comienza la Gran Travesía, un itinerario tremendamente monótono en dirección Sur que llanea hasta llegar a un gendarme conocido como el Dedo y después va ascendiendo, dejando siempre la cima a la izquierda y con la fuerte caída del Gran Acarreo a la derecha. Esta zona es la más expuesta al frío viento de altura y por lo tanto es en la que el riesgo de congelación resulta mayor. Es fundamental que la nariz, las orejas y los dedos vayan bien protegidos. No conviene únicamente atender a nuestra sensación de frío ya que a partir de los 15° bajo cero el cuerpo no experimenta sensación de bajada de la temperatura aunque esto esté sucediendo, por lo que podemos estar sufriendo una congelación sin darnos cuenta.



Parada en el Portezuelo de los Vientos.

Colo viene detrás de mí. Me dice que tiene el estómago bastante mal y que ha vomitado varias veces pero que sigamos adelante. La Gran Travesía desemboca en una zona que se conoce como La Cueva (6.660m) que constituye el comienzo de las famosa Canaleta. Llegamos allí a las 12:30 y hacemos un descanso para comer y beber algo antes de empezar el último tramo. Colo está bastante afectada y me dice que le deje dormir un rato y le despierte en 10 minutos. Mis rudimentarios conocimientos en altura me sugieren que dormir es lo peor que puedes hacer en esos lugares, así que le propongo que tomemos la decisión de si seguimos para arriba o nos damos la vuelta. Sin duda es una decisión difícil después del largo camino recorrido pero mejor eso que tener un problema más serio unos metros más arriba. Me dice que continuemos, así que empiezo la ascensión.

Se me vienen a la cabeza todas las cosas que he leído sobre el alto porcentaje de renunciadas que tiene lugar en estos últimos 300 metros, la importancia de llevar un ritmo tranquilo y constante, y la necesidad de ascender siempre por el lado derecho si no queremos perecer en el intento. Necesito ir parando a cada

rato para recuperar el aliento. Colo se está retrasando, lo cual me preocupa. Continúo hasta llegar a la Arista de Guanacos que une las cumbres Norte y Sur de la montaña (6.800m). La vista es espectacular, el cielo está despejado y yo me encuentro muy cansado. Es entonces cuando vuelvo la mirada para atrás y veo que Colo sube a toda velocidad lanzando gritos de ánimo, no me lo puedo creer, parece que se le ha pasado la vomitona. Llega a mi altura y me dice que ya estamos ahí, que no quiere oír ni un lamento más, me adelanta y continúa su arenga prácticamente arrastrándome de la mochila.

Por fin alcanzamos la cumbre (6.960m) a las 15:00. Resulta difícil describir la mezcla de sensaciones que te pasan por la cabeza en ese momento: la satisfacción se junta con el cansancio, el recuerdo de los familiares y amigos que te han apoyado en el proyecto y la preocupación de saber que todavía tienes que volver a casa. Sin embargo es importante no olvidar que no es que nosotros hayamos subido, sino que la montaña nos ha dejado subir. En la cumbre están también Fede y Ariel, dos de los Guradaparcos de Plaza de Mulas a quienes saludamos efusivamente y comentamos lo duro que ha resultado el ascenso. Después de un rato disfrutando de la hazaña y de las espectaculares vistas, me doy cuenta de que el esfuerzo y la altura me han afectado bastante, así que propongo a Colo que bajemos cuanto antes.



Colo y yo en la cumbre. Al fondo la cumbre Sur

El regreso

Iniciamos la bajada junto con Fede y Ariel siguiendo la misma ruta que habíamos tomado para ascender. Algunos metros más abajo nos encontramos con el grupo de montañeros que habíamos visto en Independencia. El chico que estaba tomando diamox está totalmente exhausto y no contesta a las preguntas de sus compañeros así que los Guardaparques, temiendo por su vida, le ponen una inyección de adrenalina que le hace reaccionar de manera que, aunque bastante confuso, consiguen que tenga fuerzas para salir de allí con ayuda de Fede pero por su propio pié.

El camino de bajada se hace más fácil de lo que esperaba, con ánimos renovados a cada metro que descendemos como consecuencia del aumento de oxígeno. Hacemos una breve parada en el Portezuelo de los Vientos para disfrutar de la extraordinaria vista y continuamos bajando. Llegamos a Nido de Cóndores a las 18:30. Ya se ha corrido la voz de que hemos alcanzado la cumbre y vienen algunos amigos de Colo a felicitarnos. También se acercan a nuestra tienda Miguel Ángel, Eduardo y Fran, que hoy

han subido a Nido y tienen previsto intentar la cumbre al día siguiente. Realmente es ahora cuando uno empieza a saborear el éxito aunque consciente de lo frágil que es ya que el menor contratiempo hubiese frustrado todo el proyecto.

La paz espiritual de aquella noche sólo se vio interrumpida por la visita del guía de una expedición alemana que había perdido a dos de sus miembros en el camino de bajada de la cumbre. El hombre estaba preocupado por el paradero de sus clientes ya que con el frío que hacía esa noche y el cansancio que llevarían acumulado era previsible que estuviesen en peligro. Los papalimas no estaban en Nido porque hubo otra emergencia y tuvieron que bajar al Campo I, así que Colo utilizó la radio para ponerse en contacto con Plaza de Mulas y advertir del incidente. Finalmente los montañeros perdidos fueron localizados de madrugada en el Campamento Cólera y al amanecer hubo que ir a buscarlos porque estaban bastante afectados por la penosa experiencia.

Al día siguiente nos levantamos satisfechos. Unas horas antes, todavía de noche, había oído a Juan que salía él sólo hacia la cumbre. Hacía mucho viento y no me oyó cuando le llamé para desearle suerte. Supuse que a la misma hora estarían iniciando su ascensión Fran, Eduardo y Miguel Ángel. Ojala tuviesen suerte, aunque la verdad es que el tiempo pintaba bastante feo, desafortunadamente las previsiones meteorológicas se habían cumplido.

Desmontamos el campamento, organizamos las mochilas y emprendimos el descenso. Al llegar al Campamento Base nos encontrábamos

